

Lágrimas de esperanza

Jatzibe R. Domínguez

Image not found.

Capítulo 1

LÁGRIMAS DE ESPERANZA

JATZIRD

El sol yacía en lo alto del horizonte y sus rayos sofocantes arrasaban con toda la ciudad, abrasándola con las llamas del infierno. Sólo quedaban construcciones destruidas, animales herméticos por las calles y el ya borrado paso del hombre por el mundo. Y él, que caminaba sin rumbo, perdido en un planeta ya muerto.

Su pasado era un misterio, su presente una miseria y su futuro incierto. En realidad, su futuro daba miedo. Y eso era lo único que quedaba dentro de su corazón. Miedo.

El mundo sólo era un desierto de dolor. Se sentía exhausto y sólo así sabía que había pasado un largo tiempo desde que inició su búsqueda, pues el tiempo no era algo que se contara, si no que se sintiera. Hasta que sus pasos vagos lo llevaron a una casa en ruinas. No había puerta, ni ventanas, la vivienda estaba llena de agujeros y grietas, un lugar triste. Eso le pareció común, después de todo, para un alma marcada por la desgracia, lo conocido es la tristeza y lo desconocido la alegría. Dentro estaba una muchacha, acostada en el suelo, con los ojos bien abiertos. Su cuerpo tenía aspecto de descomposición, era tan flaca que parecía esqueleto. Un pensamiento terrible pasó por su mente, ¿y si en esos momentos se estaba muriendo? ¿Qué pasaría si llegara a ser testigo de cómo esa criatura inocente y débil abandonaba la vida? Con un enorme esfuerzo habló por vez primera lo que tanto había callado.

-Disculpe la molestia, señorita. Me preguntaba si no le quedaría un poco de agua que pudiese compartir conmigo, pues soy un pobre ser como usted, al que las circunstancias le han dejado en la miseria. Se le ve en necesidad de un poco de compañía. Tengo sed, pero si usted no tiene agua no se preocupe, que es verdad que estoy sediento pero también estoy necesitado de cariño y compañía.

Ella no contestó, en cambio, se le quedó mirando fijamente con ojos hundidos, sin expresión alguna en su rostro. No lograba entender lo que su interlocutor le decía, parecía estar muy lejos, hacia la próxima parada del más allá.

Lo intentó de nuevo, con la voz entrecortada por el temor que sentía por

el destino de aquella muchacha.

-¿Necesita ayuda? ¿Quiere que me quede? No me molestará quedarme, en serio. Podemos ayudarnos y salir de esto...

No pudo continuar, porque en esos momentos la joven comenzó a temblar, a mover los músculos sin poder controlarse, gemía. Asustado, se quedó ahí de pie, contemplado la escena. Aquello le dolía. No conocía a la persona pero le dolía el hecho de que estuviera sufriendo y él no podía hacer nada por socorrerla. Lo último que vio, antes de cerrar los ojos, fue que salía espuma por su boca.

La imagen aparecía en su mente por mucho que tratara de olvidarla. Después de la tragedia de la que había sido testigo, siguió su camino, marchando hacia adelante. No recordaba cómo era el mundo antes de que ellos lo hicieran pedazos de forma tan inhumana. Pasó algún tiempo más para que encontrara otra casa derruida por el fuego y la violencia. Pero a diferencia de la anterior, no estaba tan descuidada y tenía una puerta. Tocó. Una mujer de avanzada edad abrió y se le quedó mirando con repulsión.

-¿Qué quieres?

-Buenas tardes, señora. Lamento molestarla pero cómo verá, me estoy muriendo de sed, me preguntaba si podría compartirme un poco de agua, por favor.

-No tenemos agua-contestó cortante.

-¿Ni un poco?-siguió el mendigo-Por favor, señora, me haría el hombre más feliz de la tierra. Ayúdeme, que ya no sé cómo seguir.

A lado de la mujer apareció un hombre con dos vasos llenos de agua, estaba sonriendo.

-Querida, ¿quieres más agua? Hoy hace más calor que de costumbre y no sé tú, pero yo me estoy deshidratando...-al darse cuenta de que tenían una visita, escondió ambos vasos detrás de su espalda. -¿Y este qué quiere?-preguntó dirigiéndose hacia su esposa, sabiendo de antemano la respuesta.

Al darse cuenta de que nadie respondía, el vagabundo tomó la palabra.

-Necesito agua, por favor. Siento que me muero...

-¿Qué te hace pensar que tenemos agua?-preguntó el hombre un tanto nervioso pero con el mismo tono cortante que su mujer.

Él no respondió, sabía que la pareja mentía pues había visto de reojo al hombre escondiendo el agua.

Les rogaba con la mirada, en verdad se estaba muriendo. Si no bebía aunque fuera un poco, acabaría como la muchacha. Ellos lo echaron, vociferaron que se largara. Y eso no sólo pasó con la pareja, pasó con muchas personas más que se encontró posteriormente por el camino. Todos decían no tener agua, no desear su compañía, ni su cariño, ni dejarse ayudar, ni ayudarlo a él. Siguió andando, sintiéndose cada vez más desfallecido, con menos fuerzas, con mayor desesperación. La misma respuesta de siempre: <<No hay nada>> cuando en realidad querían decir: <<No hay nada para ti>>

Se arrastraba, clavando las mugrientas uñas en el suelo, le costaba trabajo respirar. Empujaba su arrugado cuerpo, deseoso de llegar a la zona tropical. Las palmeras llenas de jugosos cocos lo llamaban a gritos, el agua se deslizaba ligera, esperándolo. Para cuando llegó, no había nada, tan sólo el mal sabor de boca que le dejó la tierra y espontáneamente escupió. El paraíso había desaparecido, dejándolo más desamparado que nunca.

A lo lejos, subiendo la colina, se alzaba una enorme casa cubierta de oro. Sus ventanas eran de cristal y toda ella estaba adornada de diamantes relucientes. La única vivienda que había sobrevivido a la catástrofe, que seguía en buenas condiciones, le sorprendió. Sus ojos brillaban de asombro, sus pupilas se agrandaron de gusto, realmente era hermosa. Se imaginó a él viviendo ahí, siendo protegido por las riquezas y la grandeza. Se preguntó si estaría abandonada y de ser así, si podría hospedarse en ella, tener un lugar en el cual vivir. Sacudió la cabeza para zanjarse de aquellos pensamientos, debía recordar para qué había venido. Lo que necesitaba era el agua. Eso era lo importante. Tocó la puerta con cuidado, no quería romper nada de la casa, pues quería conservarla así de bella. Esperó un buen rato, con la esperanza de que alguien aún viviera ahí y le pudiese ayudar. Un hombre vestido con un traje elegante hecho de seda abrió la puerta de plata. Miró al mendigo con ojos centelleantes de ira y de odio. Sus labios se curvaron, formando una mueca de desdén.

—¿Quién eres?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

El mendigo negó con la cabeza.

—Bien, dime entonces que haces aquí y porque osas molestarme.

—Señor, por favor, estoy muriéndome de sed. Tengo que tomar agua, no tengo nada y no me queda nadie. No hay lugar al que yo pueda ir. No tengo un punto de partida ni un punto de llegada. Ando por todas partes y en ninguna y estoy cansado. Estoy cansado de vivir así, es decir, se sobrevivir así porque a esto no se le puede llamar vida. Siento que me muero y tengo mucho miedo. En verdad, no es mi intención molestarlo, sólo necesito un poco de agua, sólo eso, por favor.

—Ese no es mi problema.

—Por favor, señor. Por favor, llevo años recorriendo el mundo, años de fatiga sin encontrar más que dolor y miedo. Todos dicen no tener nada para esta alma marcada por la penuria. A todas partes que voy me encuentro con gente que se esconde, que se encoge, que cierra los ojos para evitar ver la destrucción que han creado, que se tapa los oídos para no escuchar los lamentos de aquellos a los que han hecho daño. A veces me pregunto cuando cae la noche sin estrellas, tan sólo acompañada por la luna, si estaré muerto ya, si todos estaremos muertos y sólo somos almas destrozadas vagando por la tierra que nosotros mismos hemos destruido por egoísmo, avaricia, violencia, odio, guerra... ¿Es acaso este nuestro castigo? Somos culpables de nuestra propia condena, de eso estoy seguro.

A estas alturas del discurso, el mendigo se dejó caer de rodillas frente a su autoridad, mirando desde un punto infinito, absorto por sus palabras, parecía muerto.

--Toda mi vida he convivido con monstruos, sólo que no sabía lo que eran, porque esos monstruos estaban disfrazados de humanos. Tal vez yo también sea un monstruo, uno que vivió engañado como el resto y es que no existe monstruo más cruel, más vil, más peligroso, más infame que el ser humano.

El señor no pudiendo tolerar más las escalofriantes palabras --no obstante, cargadas de verdad-- del mendigo, le propinó una bofetada que lo hizo caer al suelo, sin embargo, no se inmutó, no gritó, no lloró, seguía con los ojos fijos a la nada, abstraído. Balbuceaba con esfuerzo.

--Muchos que tienen tan poco y dan lo que más pueden y pocos que

tienen tanto y no dan nada.

--¡Oh, vamos; ya cállate!--vociferaba el gobernante viéndolo desde arriba con su mirada en llamas—Tu presencia en mi mansión no me es grata, aquí no eres bienvenido. ¡Ahora, largo!

El méndigo al darse cuenta de su balbuceo, regresó a conciencia, recordando el porqué estaba ahí.

--Pero usted puede ayudarme, ¿verdad?—comentó—Usted es la única esperanza que me queda, mi salvación para seguir viviendo, sólo necesito que me dé un poco de agua, señor. Por favor.

—Estás equivocado, yo no puedo ayudarte—cortó.

—Por favor, ayúdeme. Sólo un vaso y juro que me iré.

—Vete ya, estás ensuciando la alfombra, que por cierto, costó mucho dinero.

—Sólo un vaso medio vacío, por favor. Sólo eso y me iré—rogó, incorporándose nuevamente de rodillas ante el gobernante y agarrándole con ambas manos sus piernas—Por favor, señor. Apíadese de mí, compadézcase de este pobre hombre que se muere...--El presidente sobresaltado por el tacto, se sacudió en un intento de soltarse de las garras del méndigo que lo tenían sujeto totalmente.--¡Suéltame, maldito leproso! Estás ensuciando mis costosos pantalones de seda.

--¿Ni siquiera un cuarto de agua? Con eso será suficiente, juro que si me ofrece un cuarto de agua me iré y no volveré jamás.

—¡Basta! Estoy harto de oír tus rogos, tus penas, tus dolencias. ¡Vete ya!--bramó, soltándose por fin del agarre del otro.

El señor comenzó a avanzar hacia el vagabundo y este retrocedía, pidiendo ayuda a gritos.

—Por favor... Por favor...

El señor abrió la puerta y al mendigo lo sacó al exterior de una patada.

—Señor, por favor. Sólo una gota—suplicó este, tirado en el suelo que le quemaba la piel.

El gobernante estaba a punto de cerrar la puerta pero el mendigo no lo permitiría, no podía pasarle de nuevo lo mismo. Si esa puerta se le cerraba no quedaría ya ninguna abierta. Era la última oportunidad que le quedaba. Así que hizo lo único que podía hacer; saltó y extendió la mano

hacia adelante pero en ese preciso instante, la última puerta se cerró de un portazo.

Sintió un dolor enorme, quizá no tan profundo como lo que sufría cada día y cada noche pero si lo bastante para hacerle abrir los ojos. Entonces, lo vio: La mitad de su mano estaba metida entre la puerta de plata. Su mano estaba cubierta de sangre. La sangre recorría sus brazos, su camiseta holgada, sus pantalones hasta llegar a los pies, donde unas cuantas gotas quedaron salpicadas en el asfalto.

Sin poder evitarlo, cayó al suelo, gritando. Entonces una terrible tormenta llegó, arrasando con todo en su interior, su corazón se rompió en pedazos y su alma se perdía en las sombras de la oscuridad. Pidió auxilio pero nadie acudió a su rescate.

Una infinita tristeza llegó a él y con ella, después de tantos años, las lágrimas.

Comenzó a llorar y a llorar, y a llorar. Y parecía que su llanto no tendría fin. Necesitaba sacar todo aquello que se había guardado, todo aquello que lo había estado matando por dentro. No era capaz de controlarse, no sabía lo que era aquello. Mientras gritaba de terror, unas cuantas lágrimas cayeron. Era la primera vez que sentía humedad recorrer sus pálidas y esqueléticas mejillas, se sentían frías, recorrieron todo el rostro hasta llegar a los labios, él no se percató de que estaba bebiéndose sus propias lágrimas, las cuales tenían un sabor amargo. Cada vez eran más las lágrimas que expulsaban sus ojos cansinos y se hacían llegar a su boca hasta que ésta se llenó de agua y comenzó a ahogarse. Se ahogaba con sus propias lágrimas, se hundía en lo más profundo de su sufrimiento, el cual había hecho una aparición infinita e intensa, acabando con lo poco que quedaba de él. Porque el mundo entero estaba triste. El planeta, su hogar, ya no estaba hecho de agua, sino, de fuego. Antes de morir, pensó en cómo todos se odiaban unos a otros, en cómo el mundo se encontraba ahora perdido. En como los de su especie habían hecho actos infames, atroces, inhumanos. En cómo se mostraban unos a otros hostiles e indiferentes. De él, salían gemidos de un animal siendo torturado, alaridos de un hombre al que estaban atormentando, gritos de aquél que se encuentra preso de sí mismo. Las lágrimas comenzaron a marcar un camino por el suelo, varias lagunas pequeñas que se extendían más allá por todas partes y se convirtieron en charcos. Siguieron su recorrido, juntándose más, profundizando así en la tierra y convertirse en lagunas, ríos y lagos. Miró al cielo, posando sus ojos llorosos en aquella bola de fuego que había arrasado con su vida, esa estrella asesina que le devolvía la mirada, burlándose de su suerte, su destino, su cercana muerte.

Entonces se hizo las siguiente pregunta: ¿Por qué él, que ya no tenía a nadie, que ya no le quedaba nada, que no tenía un porqué para seguir viviendo, se aferraba a la vida con tanto fervor? ¿Por qué los seres

humanos se aferraban tanto a seguir con sus vidas, luchaban por ellas, cuando ya no había nada por lo que vivir?

El hombre le miraba directa y profundamente, esperando que su enemiga le quemará el cuerpo, dejando que sus miembros se descompusieran debido a sus rayos. Al expirar su último aliento, la lluvia hizo su aparición.

Comenzó a llover, llover y llover. Y parecía que la lluvia no tendría fin.

Las primeras gotas cayeron en su rostro, que aún tenía los ojos abiertos hacia el sol, que ahora se encontraba cubierto por un manto de nubes grises. El cielo era igualmente gris, una brisa de aire gélido se hizo presente. Se avecinaba una tormenta. La lluvia fue cayendo al suelo hasta dar con los charcos y las pequeñas lagunas que se habían formado gracias al méndigo. Los ríos, lagos y lagunas se fueron haciendo más grandes hasta que recorriendo un largo camino, la tierra se fue humedeciendo cada vez más hasta convertirse en un océano. El mar en todo su esplendor.

El cielo rugía, enfurecido con el sol que tanto daño había causado pero sobre todo, con los humanos, que fueron los autores de la destrucción del mundo, eran los mayores culpables y responsables de la desolación. Criminales que habían logrado el crimen perfecto. Los rayos y relámpagos se unieron a él, decididos.

La gente, acostumbrada al silencio que reinaba en sus casas, se sorprendió al oír un repiqueteo en sus ventanas, al asomarse a ellas, lo que vieron los dejó atónitos, eran gotas las que se deslizaban por sus cristales, allá afuera se estaba produciendo un milagro; llovía.

Sin creer lo que presenciaban, pensando en la posibilidad de que fueran sus ojos los que les estaban engañando, de que eran víctimas de alguna ilusión, decidieron, aún con temor, desconfianza e inseguridad salir de sus estancias. Una vez que abrieron las puertas y extendieron las manos, gotas cayeron en ellas, sintiendo la humedad en su piel, comprobaron que era cierto. No era una ilusión. Ni un engaño. Ni una alucinación. Pasaba de verdad. Estaba lloviendo.

Los primeros en salir fueron los niños, corriendo; ignorando los gritos de sus madres que les advertían de que podrían resbalarse. Sintieron la lluvia caer en sus cabezas, la sintieron en sus manos, en su rostro. Las gotas les hacían cosquillas en las palmas y se sentía bien. Saltaban de un charco a otro, riendo, empapándose hasta los huesos. Los hombres igualmente sintieron la lluvia sobre ellos, charlaban animadamente, aplaudían, llenos de gozo. Las mujeres también sintieron la magia de la lluvia, comentaban

entre ellas lo que había pasado, aún desconcertadas como los hombres, por lo que sucedía en la ciudad. Sonreían. Sus sonrisas eran aún más deslumbrantes que el mismo sol. Se juntaron entre todos, mujeres hombres y niños bailaban y se divertían. Las parejas se besaban bajo la lluvia, todos gritaban de euforia, reían, compartiendo una auténtica felicidad. Las botas chapoteaban de aquí por allá, algunos incluso, llegaron a pisar al mendigo, que seguía ahí, muerto y totalmente empapado, con los ojos bien abiertos pero a nadie le importó, estaban tan contentos como para percatarse de la existencia de ese hombre. La lluvia se despidió, no sin antes acercarse al sol, haciendo las paces. Terminaron enamorados el uno del otro e hicieron el amor, de ellos, nació una creación alegre, maravillosa. Varias líneas de colores iluminaron el cielo ceniciento. La gente contempló el hermoso arcoíris que coloreaba a la vida, allá en lo alto. La lluvia había dado fin a aquel episodio de horror después de mucho tiempo.